

así que llegó a enunciarlo en su *Diccionario latino español* de 1492³: «porque ninguno se maraville, sino siempre dimos palabras castellanas a las latinas y latinas a las castellanas».

Pero el aprendizaje del latín para Nebrija y los demás humanistas no se limitaba sólo a la gramática latina o «rudimentos», en la que se enseñaba una normativa basada, fundamentalmente, en el uso de los autores de la literatura latina y desde el *De linguae latinae elegantia* de Lorenzo Valla (1407-1457), en la corrección y selección de los autores que van «desde Cicerón a Quintiliano». Esta era la *Janua* o puerta por donde se entraba en la sabiduría, además quedaba la parte correspondiente a la imitación de los autores, o sea. Venía luego el aprendizaje de escribir y hablar correctamente, según las reglas de la gramática, el que el alumno lo hiciera «elegante y elocuentemente» sin cometer los *uitia* del barbarismo y del solecismo, para lo cual se requería unas nociones básicas, por lo menos, de la ciencia retórica. El profesor entonces se encontraba con lo que llamaríamos un obstáculo añadido para el aprendizaje: que había que enseñar a los niños a declamar y a ser elocuentes en una lengua antigua que distaba mucho de la suya propia. No es de extrañar, pues, que lo que pretendiera Fliscus con el italiano al traducirlo al latín en diversas variaciones de las frases latinas tuviera tanto éxito que se difundiera por toda Europa como una *noua ratio* o metodología de la enseñanza del latín, y se tradujera a las distintas lenguas. En el caso concreto que nos ocupa, sobre el texto latino y la traducción de Fliscus vertida al castellano, al catalán y al francés por los diversos autores románicos ha sido sobre la que se ha efectuado esta magnífica y cuidada edición sinóptica en el marco lingüístico de la gramática contrastiva, que no sólo enriquecerá el caudal de conocimientos concerniente a los estudios inter-románicos y de cada una de las lenguas traducidas, sino que también aportará para los latinistas un anticipo del aprendizaje del latín en los siglos xv y xvi desde las lenguas vernáculas, de lo que será gran defensor el humanista Luis Vives en su tratado *De Disciplinis*.

VIRGINIA BONMATÍ SÁNCHEZ
Universidad Complutense de Madrid

DICKEY, ELEANOR, *Latin forms of address. From Plautus to Apuleius*, Oxford, Oxford University Press, 2002, 414 págs..

Por más que resulte tópico, es difícil resistirse a abrir una reseña de *Latin forms of address* sin decir que esta obra viene a cubrir una importante laguna en los estudios latinos. Con ella, su autora se plantea los mismos objetivos que años atrás mo-

³ Antonio de Nebrija, *Diccionario latino-español*, Salamanca, 1492. Estudio preliminar por Germán Colón y Amadeu-J. Soberanas, Puvill, Barcelona, 1979

tivaron la publicación de un análisis equivalente para el griego¹. Hasta el momento, la aplicación de principios de Sociolingüística a la lengua latina se había centrado esencialmente en el estudio de determinadas lenguas sectoriales, en el reconocimiento de las características propias de algunos registros (ineludible resulta la referencia a J. B. Hofmann y su *Lateinische Umgangssprache*²), o en las diferencias entre las hablas individuales, a tenor de criterios como el sexo o la edad del hablante. Pero E. Dickey se atreve ahora con un espinoso asunto, pues ¿qué podríamos decir, a bote pronto, acerca de la manera en que un romano se dirigía a su mujer, sus hijos o sus allegados, sus siervos, sus clientes o sus superiores? Este es, en resumidas cuentas, el reto aquí planteado: un análisis integral del *address system* latino, en el que caben aspectos muy diversos que apuntaremos en el comentario de sus capítulos. Pero antes, resulta conveniente detenerse en algunas reflexiones que nos ayuden a entender la esencia y la amplitud de este ambicioso análisis.

A no ser que quien se acerca a este tipo de obras esté suficientemente familiarizado —a veces ni siquiera en tal supuesto—, la primera dificultad que al lector le sale al paso ante cualquier investigación lingüística es la que plantea la terminología. Esta, por definición, habría de ser específica, inequívoca y, sobre todo, unitaria. Sin embargo, la realidad suele defraudar tales premisas y lo normal es que tradiciones o escuelas determinen ostensiblemente la elección y empleo de los términos técnicos propios de las ciencias del lenguaje. Y el desconcierto puede ser aún mayor si la obra está escrita en una lengua diferente de la propia. En este caso, el problema se plantea desde el título. De manera aproximada, podría proponerse «formas de tratamiento» como traducción para *address forms* (cf. al. *Anredeformen*). Y sin embargo, perdemos con ella la vasta capacidad referencial que parece acoger la denominación inglesa. Esta se solapa, en buena medida, con la función vocativa. Pero la de vocativo es una etiqueta restringida a la categoría morfológica que, orientada al destinatario de la emisión, se emplea en las lenguas clásicas con intención eminentemente invocatoria, si bien tampoco es ajena a la función fática; y, como suele señalarse en los manuales, no es idéntica a la función expresiva de la lengua, por más que ambos valores se encuentren frecuentemente entreverados, sobre todo en aquellas *address forms* caracterizadas por una fuerte carga emotiva (insultos o apelativos cariñosos). Según están aquí concebidos, estos elementos lingüísticos no funcionan —al menos no exclusivamente— como meros llamamientos; de hecho, existen casos en que ni siquiera se codifican en vocativo, y llegan a verificarse incidencias cuya función apelativa es innegable, no sólo por cuanto se insertan en mensajes que pretenden influir directamente en el interlocutor, sino también en la medida en que

¹ *Greek forms of address. From Herodotus to Lucian*, Oxford, Oxford University Press, 1996.

² Anotada, en su traducción al español, por J. Corominas, *El latín familiar*, Madrid, 1958, y, más recientemente en versión italiana, actualizada por L. Ricottilli, *La lingua d'uso latina*, Bolonia, 2003³.

pueden llegar a calificar o apellidar a este último. No es infrecuente, por ejemplo, el llamamiento a un desconocido por medio de alguna característica física.

La amplitud del concepto vuelve tentativo cualquier trasvase interlingual y resulta preferible conformarse con una perífrasis que resultará más exacta y que podría ser traducción literal de la definición genérica que aporta la propia autora (*a speaker's linguistic reference to his / her collocutor(s)*) [pág. 5], quien, consciente de estos problemas, dedica un largo capítulo introductorio (págs. 1-37) a cuestiones teóricas. En él se plantea una primera distinción entre manifestaciones sintácticamente libres (*free*) o dependientes (*bound*), esto es, formas pronominales y desinencias de segunda persona en lenguas con inflexión verbal. La obra se centrará en las primeras, aunque se parta del análisis de las dimensiones de «poder» y «solidaridad», llevado a cabo por Brown y Gilman a partir de lenguas con distinción entre pronombres *T / V* (*tú, usted*). Y su análisis tendrá en cuenta dos parámetros fundamentales: la definición del tipo de relación existente entre hablante e interlocutor (privilegiando criterios como el sexo, la edad, la distancia jerárquica, etc.) y el contexto social en que se realiza el enunciado. A ellos habrá de unirse además el ya mencionado factor emocional. De manera semejante, es también necesaria la distinción entre dos tipos de significados: el meramente léxico, frente a lo que Dickey denomina *address meaning*, que, sin duda alguna, no hay que tomar como un verdadero significado funcional, sino que atiende más bien a su función social. A nadie extraña el empleo afable de *viejo*, dirigido a alguien que puede que no lo sea tanto. Estas y otras cuestiones componen un primer acercamiento teórico a la materia, con amplio repaso a las aportaciones previas, cuyo potencial no parece del todo explotado en su desarrollo práctico y al que se podría achacar un prurito excesivo que hace poco ágil la exposición. Con todo, este no hace sino abrir el abanico de potenciales lectores y sólo sorprende a quien está acostumbrado a leer trabajos herméticos en exceso por su alto grado de especialización, bajo un aspecto de mayor calado intelectual, pero inaccesibles para «no iniciados». Merece la pena destacar además el empleo de un corpus amplísimo, que abarca desde los testimonios arcaicos hasta el s. II d. C. (tabla I, págs. 25-27) y no se ciñe exclusivamente a las fuentes con intención artística, lo que le permite encontrar evidencias de empleos reales, que podrían estar falseados incluso en los autores con un estilo más cercano al coloquial o en los géneros menos literarios.

Se abre entonces un trabajo con una estructura impecable, articulada primeramente en torno a dos partes bien diferenciadas: «Addresses» e «Interactions». La primera de ellas, más larga, abarca los siete primeros capítulos, en los que encontramos puntos de interés variados. La nomenclatura romana, a la que se han consagrado numerosos estudios, es objeto de análisis del capítulo inaugural («Names», págs. 41-76). Y esta posición no es fortuita, pues el nombre constituye el mecanismo que los romanos escogían por defecto para dirigirse a sus interlocutores (un 42% de los datos manejados por la autora se insertan en esta categoría), al menos hasta el s. I d. C. Sin embargo, los procedimientos de su empleo son enrevesados y

la elección de uno sólo o de una secuencia de *nomina* —así como la naturaleza de los mismos— para dirigirse a una misma persona parece en consonancia con la formalidad del enunciado y la deferencia hacia el interlocutor. Todas las posibilidades reciben un tratamiento exhaustivo.

Aunque no encontramos en latín nada semejante a las titulaturas honoríficas modernas, el capítulo siguiente, «Titles» (págs. 77-109), se ocupa de algunas expresiones de respeto, con preeminencia absoluta de las distintas aplicaciones de *domine/-a*: empleos en contexto amoroso o familiar —claramente respetuosos estos últimos—, y como estrategia de cortesía, cada vez más extendida en época imperial, incluso en casos de igualdad jerárquica. Pese a la variedad de datos aportados, el intento de organización cronológica de todos ellos, coincidente con el orden expuesto, no resulta, a nuestro juicio, convincente. Es difícil entender *domine*, dado su contenido léxico, como índice de cortesía positiva, emanada de un empleo íntimo entre amantes, sobre todo si tenemos en cuenta la recurrencia de términos equivalentes en la lengua de época imperial, que apuntan más bien hacia la cortesía negativa. Un rápido repaso a otros títulos, dirigidos muchos de ellos al emperador, cierra esta sección, a la que sigue el análisis de los términos de parentesco: «Kinship terms» (cap. 3; págs. 110-128). Su empleo literal no plantea inconveniente alguno, a pesar del sofisticado matiz que la autora diseña con lo que denomina *transferred uses* (empleos como *address* de un término que expresa parentesco entre el interlocutor y una tercera persona). Mayor interés, por sus implicaciones sociológicas, poseen los empleos amistosos o deferentes de *frater/soror* y *pater* (englobados bajo la etiqueta de *extended use*). Aunque no sea exacto, no es difícil reconocer un paralelo con usos similares, propios de la jerga juvenil, en *tío*. El capítulo 4, «Terms of endearment, affection and esteem» (págs. 129-162), que establece una cierta continuidad con los empleos a los que nos acabamos de referir, se centra en la función expresiva de algunos vocablos de uso frecuente que delatan afecto, respeto, admiración y otras emociones similares. Junto a una completa tabla («Some adjectives expressing affection and/or respect», págs. 131-133), el acento recae aquí en el análisis del valor enfático que, paradójicamente, posee el grado positivo de estos adjetivos, frente al superlativo. La hipótesis del desgaste expresivo formulada resulta muy sugerente y los datos presentados la apoyan convincentemente. El debilitamiento es, como el tabú, inexorable; si formas realmente expresivas e intensivas se emplean sistemáticamente como estrategia de cortesía, terminan por trivializarse.

Diametralmente opuestas son las intenciones de los vocativos estudiados a continuación (cap. 5: «Insults»; págs. 163-185). El tema siempre ha interesado mucho, como se ve en el repaso a la nutrida bibliografía a él dedicada, con diversos resultados. Para Dickey resulta necesario, a la hora de su estudio, tener en cuenta tanto el registro como la capacidad de ofensa de cada insulto. Sin embargo, su naturaleza expresiva complica cualquier predicción al respecto y, aunque aborda una clasificación tentativa, la autora es plenamente consciente de ello. Nuevamente se resume en una útil tabla (págs. 173-176) los elementos que cumplen con esta función. Llama-

tivo resulta el primero de ellos, *amator*, cuyo índice de aparición no es de los más bajos. La lectura de este capítulo, además, da pie a la especulación sobre la función social del insulto. Se nos escapan los patrones entonativos y otros factores indispensables como los juicios e impresiones del hablante nativo, pero parece claro que el insulto constituye un significado pragmático que puede derivar del contenido de un lexema. O no. En realidad, lo verdaderamente relevante son las intenciones que el hablante proyecta sobre una determinada unidad léxica, antes que la categoría en la que esta pueda encajar. El empleo metafórico de nombres de animales, por ejemplo, es un mecanismo común, en latín y otras muchas lenguas, a insultos y expresiones afectuosas; como afectuosas pueden resultar ofensas graves en variedades dialectales de la nuestra (p. ej. el andaluz). A la inversa, tampoco sorprende el empleo descalificativo de un adjetivo meliorativo. De hecho, la injuria podría ser considerada como un acto de habla en sí misma, concomitante con la función expresiva y la capacidad descriptiva de la función aseverativa, si bien con una valoración negativa y un afán de violentar. Y así, junto al mero *address* ofensivo, esta intencionalidad puede recibir diferentes vías de expresión³.

Según adelantábamos, el valor tan genérico de la etiqueta *address form* permite englobar realidades bien distintas. Algunas otras se recogen, bajo el título genérico de «Other addresses», en el capítulo 6 (págs. 186-213), donde se pasa revista a las expresiones de compasión, como *infelix* o *miser* —afines a insultos y expresiones de afecto por cuanto articulan un sentimiento y, como aquellos, susceptibles de distintas interpretaciones—, a las que individualizan al interlocutor por su sexo o edad —con gran incidencia en latín y también con posibilidad de empleos ofensivos— y, más brevemente, a esas otras que identifican a través de la ocupación o la procedencia. El capítulo séptimo, «The use of *mihi* and *o*» (págs. 214-229), completa la panorámica con el análisis de estos dos elementos dependientes, índice de un contenido afectivo el primero, refuerzo de un valor expresivo y altamente literario el segundo. Con él se cierra esta primera parte en la que habría resultado interesante un tratamiento sistemático del tipo de intención comunicativa predominante en los mensajes en los que cada clase de *address* tiende a incluirse. La cuestión se esboza en algunos pasajes (*pater* en peticiones [pág. 120], expresiones de compasión combinadas con actos comisivos o amenazas [pág. 187], *puer* en órdenes a esclavos [pág. 194], o el empleo de *mi* como índice de cortesía positiva en actos como súplicas o felicitaciones [pág. 222]) pero dista de tener entidad suficiente. Estamos convencidos de que este tipo de análisis combinado proporcionaría mucha información adicional. Igualmente interesante habrían sido algunas indicaciones sobre la función del *address* en el desarrollo discursivo (establecimiento y organización interna del

³ La autora es consciente de esto último: «Moreover, while in many areas of the Latin language a real distinction between vocative and non-vocative usage can be observed (...), such a distinction is much less apparent for Latin insults: I cannot find any difference in meaning between, for example, *scelestes* and *scelestus es*» (pág. 166).

intercambio comunicativo), aspecto que la autora elude conscientemente por cuestiones de espacio, aunque sí trate en *Greek forms of address*.

En la segunda parte, «Interactions», se cambia el foco de interés y, de un análisis centrado en el léxico, nos trasladamos al tipo de relaciones que ponen de manifiesto las interacciones lingüísticas, lo que en realidad supone un tratamiento complementario del mismo material. Comenzamos (cap. 8; págs. 233-245) por los «Addresses between known people without any special attachment to one another». Lo normal en tal caso es el empleo del nombre propio —con las restricciones expuestas en el capítulo correspondiente—, incluso en los casos de desigualdad jerárquica marcada. Pero sólo hasta el advenimiento del Imperio, época en la que los términos respetuosos o elogiosos ganan terreno, dejando su impronta en las lenguas romances (*magister* > *maese*, *senior* > *señor* o *domine* > *don*) y delatando una mayor estratificación y un endurecimiento de la distancia social. (Sus conclusiones en este punto no coinciden del todo con la hipótesis planteada para *domine* en el capítulo 2).

A continuación se presentan brevemente (págs. 246-256) los «Addresses to strangers and nameless characters», supuesto menos extendido y en el que priman las identificaciones descriptivas. «Addresses between relatives» (cap. 10; págs. 257-275) y «Addresses between spouses and others with a romantic interest» (cap. 11; págs. 276-282) repasan las mencionadas relaciones de índole doméstica en las que los términos de parentesco y, de nuevo, los nombres ganan la partida, salvo en el caso de los amantes. Finalmente, los dos últimos capítulos se dedican a sendos análisis sobre «Addresses to groups» (cap. 12; págs. 283-297) y «Addresses to non-humans» (cap. 13; págs. 298-304), sin demasiada incidencia en el sistema general y con sus propios principios rectores.

Se echan de menos unas conclusiones generales en las que se podría haber ahondado en cuestiones de tipo sociológico y en los patrones psicológicos que delatan estas «referencias lingüísticas al destinatario». En su lugar encontramos un minucioso glosario (con más de 500 entradas) y las utilísimas «usage tables», que presentan una guía aproximada del uso normal entre romanos educados del s. I d. C. (latín ciceroniano) y hacen las veces de recapitulación. De innegable utilidad para la traducción, el glosario se concibe de manera autónoma para proporcionar hechos y detalles ausentes del texto principal. Se le podría achacar cierta premura en la elección de las traducciones (*exoptate* y *sperate*, por ejemplo, se tratan como sinónimos totales: 'longed-for'), sobre todo si, como se hace explícito, se pretende recoger el significado léxico básico de cada lema. Pero la nutrida información que proporciona es sumamente valiosa independientemente de las minucias que se puedan señalar. Con la traducción literal y las indicaciones sobre su empleo, será más fácil a partir de ahora encontrar un equivalente en la lengua de entrada. Una consulta, a título ilustrativo, de *illecebra* proporciona el dato de su empleo como reproche, ausente por lo general de los diccionarios bilingües.

Los índices para la consulta y la completa bibliografía cierran una obra a la que sin duda se podrán plantear objeciones, pero que posee valores y aciertos innegables. Cuando, con el mero apoyo de los datos disponibles, se hacen generalizaciones como las presentadas, es muy difícil prescindir por completo del elemento subjetivo, así como abstraer causas únicas para ciertas variaciones. En muchos casos, las motivaciones para un mismo fenómeno son múltiples, a veces incluso indistinguibles, y escollos como estos son insoslayables en el estudio de lenguas sobre las que no tenemos plena competencia. En descargo de la autora, hemos de decir que es siempre honesta con los datos del corpus escogido y raramente realiza afirmaciones categóricas. Las prolijas argumentaciones resultan siempre convenientemente ilustradas con ejemplos latinos (de los que se ofrece la correspondiente traducción inglesa) y, por lo general, responden a un plan trazado de antemano que contribuye a la claridad expositiva; el profuso empleo de indicaciones porcentuales resulta asimismo una guía muy orientativa. Las apretadas páginas que firma E. Dickey atesoran mucha erudición y una buena cantidad de interesantes datos, ofrecen análisis perspicaces sustentados en una inmensa labor y aplican con gran rigor filológico principios de la Sociolingüística aparentemente ajenos a una lengua de corpus, que únicamente nos ofrece datos escritos —por lo general muy condicionados en lo que a su registro se refiere— para el estudio de un fenómeno marcadamente oral. Tal y como aquí se muestra, con cautela es posible extraer de las fuentes disponibles datos que nos informen al menos sobre las tendencias que rigieron el empleo real de sus *address forms*.

LUIS UNCETA GÓMEZ
Universidad Autónoma de Madrid

DOYLE, AIDAN, *Irish, Languages of the World / Materials 201*, Munich, Lincom Europa, 2001, 103 págs.

Esta gramática de irlandés moderno (o *Gaeilge na hÉireann*) forma parte de la magnífica serie de publicaciones que la editorial alemana Lincom Europa comenzó hace algunos años con el objetivo de proporcionar útiles herramientas de trabajo a los lingüistas de varios campos, especialmente del tipológico y del diacrónico. Con la intención inicial de sacar a la luz la nada despreciable cifra de 380 volúmenes, esta colección de descripciones gramaticales se centra concretamente en la multitud de lenguas y dialectos que por regla general no ha sido objeto de excesiva atención, p. ej. lenguas túrcicas, asiáticas, caucásicas, etc. Nadie duda a estas alturas de que en un futuro muy próximo, cuando la colección haya publicado su último número, el lingüista tendrá a su disposición todo un manantial de conocimientos acerca de lenguas sobre las que cincuenta años atrás hubiera sido poco menos que inimaginable conseguir información fiable y de primera mano. Aunque el irlandés moderno